

El nazi y el peluquero

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Der Nazi & Der Friseur*

En cubierta: fotografía © rawpixel

© Eule der Minerva Verlag UG (haftungsbeschränkt)

© Del prólogo, David Uclés, 2026

© De la traducción, María José Díez Pérez y Diego Frieria Acebal

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ediciones Siruela, S. A., 2026

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 979-13-88032-02-8

Depósito legal: M-3.502-2026

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Edgar Hilsenrath

EL NAZI Y EL PELUQUERO

Prólogo de David Uclés

Traducción del alemán de
María José Díez Pérez y Diego Frieria Acebal

 Siruela

Nuevos Tiempos

EL NAZI Y EL PELUQUERO

Libro primero

1

Soy Max Schulz, hijo ilegítimo, aun cuando de pura raza aria, de Minna Schulz..., en el momento de mi nacimiento sirvienta en la casa del peletero judío Abramowitz. Sobre mi origen ario puro no cabe ninguna duda, ya que el árbol genealógico de mi madre, es decir, de Minna Schulz, tal vez no se remonte hasta la batalla de Teutoburgo, pero sí llega hasta Federico el Grande. En cuanto a mi padre, no puedo decir con total seguridad quién era, pero seguro que era uno de estos cinco: el carnicero Hubert Nagler, el cerrajero Franz Heinrich Wieland, el oficial albañil Hans Huber, el cochero Wilhelm Hopfenstange o el sirviente Adalbert Hennemann.

He hecho comprobar minuciosamente los árboles genealógicos de mis cinco padres y puedo asegurarles que el origen ario de los cinco era irreprochable. En lo que concierne al sirviente Adalbert Hennemann..., incluso puedo afirmar con orgullo que a uno de sus antepasados lo apodaban Hagen el Guardián de la Llave, escudero del insigne caballero Segismundo de la Pradera, a quien su dueño y señor, en señal de su gran confianza, confió una llave..., a saber: la llave del cinturón de castidad de su señora esposa..., un cinturón de castidad dorado que más adelante adquiriría celebridad en la corte del gran rey y haría historia.

Itzig Finkelstein vivía en la casa contigua. Tenía exactamente la misma edad que yo, o..., para ser más exactos, y si se me permite decirlo, Itzig Finkelstein vino al mundo justo

dos minutos y veintidós segundos después de que la comadrona Gretchen Fettwanst me liberara a mí de las oscuras entrañas de mi madre de un enérgico tirón..., si es que mi vida puede considerarse una liberación, algo que, al fin y al cabo, sería un tanto cuestionable.

A los dos días de la llegada al mundo de Itzig Finkelstein apareció el siguiente anuncio en el *Boletín Judío* de nuestra ciudad..., la ciudad silesiana de Wieshalle:

«Yo, Chaim Finkelstein, peluquero, propietario del acreditado salón de peluquería El Hombre de Mundo, esquina de las calles Goethe y Schiller, Wieshalle, presidente del Club de Bolos Judío, vicesecretario de la Comunidad de Culto Judía, miembro de la Sociedad Protectora de Animales Alemana, de la Sociedad de Amigos de las Plantas, de la Liga Ama a tu Próximo y del Gremio de Peluqueros de Wieshalle, autor del opúsculo *Cortes de pelo sin escalones*..., tengo el honor de anunciar el nacimiento de mi hijo y sucesor “Itzig Finkelstein”».

Al día siguiente apareció un segundo anuncio en el *Boletín Judío*, que rezaba así:

«Nosotros, la Comunidad de Culto Judía de Wieshalle, nos congratulamos del nacimiento del hijo y sucesor del señor peluquero Chaim Finkelstein, propietario del acreditado salón de peluquería El Hombre de Mundo, esquina de las calles Goethe y Schiller, Wieshalle, presidente del Club de Bolos Judío, vicesecretario de la Comunidad de Culto Judía, miembro de la Sociedad Protectora de Animales Alemana, de la Sociedad de Amigos de las Plantas, de la liga Ama a tu Próximo y del Gremio de Peluqueros de Wieshalle, autor del opúsculo *Cortes de pelo sin escalones*, y le transmitimos nuestra más cordial felicitación».

¿Se imaginan lo que Hilda... Hilda la Flaca..., la sirvienta de los Finkelstein, le dijo a la señora Finkelstein cuando apareció

el anuncio del nacimiento del pequeño Itzig en el *Boletín Judío* de Wieshalle?

—Señora Finkelstein —dijo—, hay algo que no logro entender. Son un matrimonio sin hijos desde hace más de veinte años, pero lo del anuncio del nacimiento del pequeño Itzig sin duda parece algo excesivo. El señor Finkelstein no es ningún fanfarrón. ¡Y siempre ha sido tan discreto!

Hilda la Flaca: dos metros de altura, dos metros de delgadez, cara de pájaro, pelo negro como el betún.

Sara Finkelstein: baja y rolliza, quevedos sobre la nariz, corona de cabello entrecano, aunque no era vieja en absoluto. Tenía un aspecto un tanto apolillado, como los respetables retratos de familia del anticuado salón de los Finkelstein. Chaim Finkelstein: aún más bajo que su esposa, pero no rollizo. Un hombrecillo diminuto, enjuto..., el hombro izquierdo algo caído, como si de ese hombro pendieran dos mil años de exilio, dos mil años de aflicción. Del hombro izquierdo, el hombro que se halla más próximo al corazón. Resulta complicado describir la nariz de Chaim Finkelstein. Yo diría... algo moquiteante... y siempre ligeramente enrojecida debido a un resfriado crónico. Pero no corva. Su nariz no era ni larga ni corva. Era normal. Normal en sí. Tampoco tenía los pies planos.

¿Pelo? ¿Que si tenía pelo? ¿El señor peluquero Chaim Finkelstein? No. No tenía pelo. Chaim Finkelstein, el diminuto hombrecillo, poseía unos ojos enormemente expresivos. Y todo el que miraba estos ojos no reparaba en su calvicie. Ni tampoco en su nariz ligeramente enrojecida, siempre un poco moquiteante, ni en lo diminuto de su persona. Unos ojos grandes y claros, y bondadosos y sabios. En los ojos de Chaim Finkelstein resplandecían las letras de la Biblia y un corazón que comprendía a sus semejantes.

Sí. Ese era Chaim Finkelstein, el peluquero judío de Wieshalle.

El 23 de mayo de 1907 se produjo un acontecimiento formidabile en el hogar de los Finkelstein: la circuncisión de Itzig Finkelstein.

Supongo que sabrán lo que es una circuncisión y que, si son judíos, no solo se habrán dedicado a contemplar su propio miembro mutilado, a juzgarlo, por así decirlo, sino que también se habrán detenido a reflexionar de vez en cuando sobre el simbólico motivo del desaparecido prepucio. ¿Estoy en lo cierto?

La circuncisión es el símbolo de la unión entre el Señor y el pueblo de Israel y, como tal, también es conocida como *brit milá*. Como ávido lector de enciclopedias, he podido constatar que la circuncisión de los niños judíos es una especie de castración simbólica, un distintivo, por decirlo de algún modo, que debe representar lo siguiente: el ennoblecimiento del hombre, el control de sus pasiones e instintos animales..., un acto simbólico que yo, como genocida, no puedo sino elogiar.

El día en que Itzig Finkelstein fue circuncidado, en el hogar de los Finkelstein se respiraba un aire festivo. El salón de peluquería El Hombre de Mundo cerró. La sirvienta de los Finkelstein, Hilda la Flaca, pidió a mi madre que la ayudara, pues ella no daba abasto, y mi madre, que apoyaba las buenas relaciones entre vecinos, acudió a casa de los Finkelstein a echarle una mano a Hilda en la cocina. Hornearon panes de especias y miel y pastel de manzana, dulces tortitas de uvas pasas y almendras y exquisiteces diversas. Tampoco se escatimó el aguardiente, y mi madre e Hilda la Flaca, que no tenían nada en contra del aguardiente, bebieron a la salud de los judíos y a la salud de Itzig Finkelstein.

Mi madre brindó en la cocina a la salud de los judíos y a la salud de Itzig Finkelstein porque le gustaba el aguardiente y porque lo encontraba divertido, pero no tenía ni la menor idea de por qué la casa estaba tan concurrida ni de la singularidad de la fiesta que celebraban los Finkelstein, y cuando

finalmente logró sonsacarle algo a Hilda la Flaca, esta rio y respondió:

— ¡Qué va a pasar! Nuestro pequeño Itzig cumple hoy ocho días de vida y por eso le van a cortar el rabito. Se lo hacen a los judíos. Siempre al octavo día de vida.

— Eso es terrible —respondió mi madre—. El pequeño ya no podrá mear... y, más adelante, tampoco podrá follar.

— No es tan terrible —contestó Hilda la Flaca—, el rabito volverá a crecer. —Y entonces Hilda la Flaca le explicó a mi madre cómo se hacía—. Escucha, Minna —dijo Hilda la Flaca—, la cosa se hace así: hay un tipo al que llaman *mohel*. Este tiene un cuchillo largo, afilado por las dos caras, y con él le corta el rabito al pequeño judío. Luego masculla unas palabras mágicas y el rabo cortado vuelve a crecer..., ni muy largo ni muy corto..., justo la longitud adecuada... y especialmente grueso y fuerte. De ahí la numerosa prole de los judíos.

— ¡Pero eso es extraordinario! —exclamó mi madre—. Nunca había oído nada semejante.

— Es el símbolo de unión entre el pueblo de Israel y el Señor —dijo Hilda la Flaca—: al menos eso es lo que dijo el señor peluquero Chaim Finkelstein el otro día. Y el señor rabino, que estuvo hace poco en casa, afirmó algo similar. Él habló incluso de un profeta concreto..., creo que el tipo se llamaba Jeremías... y, según dicen, les dijo a los judíos: «Circuncidaos por vuestro Dios y cortad así el prepucio de vuestros corazones».

— ¿Solo el prepucio? —preguntó mi madre.

— Eso es, el prepucio —respondió Hilda la Flaca.

— Entonces, al pequeño Itzig solo deberían cortarle el prepucio —razonó mi madre—, y no toda la cosa..., igual que con el corazón.

— Bueno, sí... —contestó Hilda la Flaca—, eso es verdad..., pero un rabo no es un corazón..., el rabo vuelve a crecer..., ya te lo he explicado.

Hilda la Flaca rio maliciosa.

Mi madre movió la cabeza y añadió:

—¡Pero eso es extraordinario! Nunca habría pensado que fuera humanamente posible.

—¿Qué tiempo tiene tu pequeño Max? —preguntó Hilda la Flaca.

—Ocho días... —dijo mi madre—, exactamente igual que el pequeño Itzig o, para ser más exactos, es dos minutos y veintidós segundos mayor.

—Entonces, yo en tu lugar también dejaría que le cortasen el rabito —comentó Hilda la Flaca—. Piénsalo, Minna. Le volverá a crecer, igual que a los judíos, ni muy largo ni muy corto, justo la longitud adecuada... y especialmente grueso y fuerte.

Probablemente, llegados a este punto se preguntarán cómo es que sé todo esto con tanta exactitud, pero por más que quiera, me es imposible decírselo.

Una vez consumada la circuncisión de Itzig Finkelstein, mi madre corrió de vuelta a casa presa de una gran agitación, alarmó a mis cinco padres, me sacó de la cuna y me colocó sobre la mesa de la cocina con la intención de despojarme del miembro, es decir, de cortármelo. La familia Abramowitz no se encontraba en casa... y yo, un pobre gusano miserable, inerme, estaba totalmente a su merced. Debí barruntar algo, porque berreé como un poseso y ni mi madre ni mis cinco padres fueron capaces de tranquilizarme. El cerrajero me sujetó fuertemente los bracitos, el oficial albañil las piernecillas, mi madre me metió el chupete en la boca y el sirviente y el cochero, desconcertados, formaron corro a mi alrededor mientras el carnicero agarraba un largo cuchillo y esbozaba una sonrisa de satisfacción.

—No se lo cortes —dijo mi madre de repente—. Solo era una broma.

—No es ninguna broma —contestó el carnicero—. Esto va en serio.

—Quizá no vuelva a crecer —dijo mi madre—, después de todo no es judío y, además, el *mohel* no está aquí para farfullar sus palabras mágicas.

—A la mierda el *mohel* y sus palabras mágicas —respondió el carnicero.

—No lo hagas —dijo mi madre— o todos pasaremos una temporadita en la cárcel.

El carnicero se disponía a agarrarme el miembro cuando sucedió un hecho singular. Yo, Max Schulz, con ocho días de vida, pegué un grito y me tiré súbitamente al cuello del carnicero, le mordí con todas mis fuerzas, aunque aún no tenía dientes, me dejé caer al suelo, me arrastré hacia la ventana a la velocidad del rayo, me encaramé al alféizar, contemplé por primera vez en mi vida... la calle..., una calle corriente y moliente... con acera y arroyo y adoquines... y casas de ladrillo con inclinados tejados multicolores, vi carruajes y un hervidero de seres vivos de dos y cuatro patas, también contemplé el cielo... ceniciento y negro..., encapotado-plomizo-cubierto-nublado..., vi pájaros revoloteando en círculos..., pero ningún angelito, ni un solo angelito.

Abajo, en la calle, la gente se amontonaba y alguien gritó:

—Pero ¿qué demonios pasa ahí arriba?

Y mi madre, que entre tanto se había asomado a la ventana y me agarraba por el brazo, contestó:

—¡Qué va a pasar!

Es posible que crean que estoy burlándome de ustedes. O que no se lo crean y digan para sus adentros: «¡Max Schulz se ha vuelto loco! Se imagina que querían matarlo... porque era bastardo... y todo so pretexto de una circuncisión, como es costumbre entre los judíos, al octavo día de vida. ¿Qué pretende Max Schulz? ¿Qué quiere hacerme creer? ¿Sobre los hombros de quién pretende descargar su culpa? ¿Sobre los de su madre? ¿Sobre los de los judíos? ¿O acaso sobre los de Dios? Y luego

lo de la autodefensa del niño, su huida, sus impresiones desde la ventana...». ¡Pamplinas! ¡Eso es imposible! ¡Una pesadilla! ¡Solo eso!... A pesar de todo, voy a contarles mi historia... en riguroso orden..., ¿no es así como se dice? Aunque no les cuente todo, digamos que solo lo más importante, o lo que yo, Itzig Finkelstein, por aquel entonces aún Max Schulz, considero realmente importante.

Mis cinco padres visitaban a mi madre todas las noches. Hacían cola ante la puerta de su habitación. Por lo general, el más fuerte, es decir, el carnicero, entraba en primer lugar, seguido del cerrajero, del oficial albañil, del cochero y del sirviente. Así es, el sirviente siempre el último, porque era el más débil, un delicado hombrecito con una vocecilla aflautada a quien no quedaba más remedio que sumergir su rabo en el semen de mis otros cuatro padres.

Ni que decir tiene que a los ojos del peletero judío Abramowitz eso no estaba bien, algo que yo, Itzig Finkelstein, por aquel entonces aún Max Schulz, encuentro perfectamente comprensible. El peletero Abramowitz no tenía nada que objetar contra mí o contra el hecho de mi existencia, es decir, mientras estuviera convencido de que yo era hijo de su cochero, Wilhelm Hopfenstange, o de su sirviente, Adalbert Hennemann, ya que, de algún modo, ambos eran de la familia. Solo cuando el peletero comenzó a recelar se armó el escándalo. Un día le dijo a mi madre:

—Mire, Minna. Esto no puede seguir así. Pensaba que solo se trataba de mi cochero y mi sirviente, pero cinco hombres haciendo cola es demasiado. Al fin y al cabo, esta es una casa decente.

—Todas las cosas buenas son tres —adujo mi madre.

—Pero no cinco —replicó el peletero—. Cinco, ciertamente no. Esta es una casa decente, así que me veré obligado a despedirla.